**Sábado a la tarde: gran partido**

 Era un verano a mediados de la década del 50; promediando la tarde. Se palpitaba entre los vecinos adeptos al fútbol el gran encuentro entre los “muchachones” (así los llamaba mi madre) del barrio. El escenario: calle Castro al 600 ( barrio de Almagro, Ciudad de Buenos Aires). La improvisada e imaginaria cancha se tendía de unos 35 metros de largo, aproximadamente, por el ancho de ambas veredas y la calzada,.

 Esa llamada cariñosa y pomposamente, “cancha”, era simplemente la calle “adornada”, además de las veredas de baldosas , con el piso empedrado de aquellos tiempos. Los arcos se situaban en las márgenes de ambas veredas –en forma cruzada-.Uno de ellos: la pared; el otro, una remera al lado del cordón.

 Comenzaban a reunirse los jugadores: (Tito, el flaco “Cherula”, “Fatiga”, Néstor -el hijo del almacenero- Carlitos Gentile (de gran presencia futbolística –había jugado en las inferiores de San Lorenzo- y mejor pinta de “jugador canchero”) y otros más.

 De repente, apareció “Garufa” con un silbato en sus labios (vaya a saber a qué vigilante se lo habría sacado) haciéndolo sonar llamando a agruparse a todos los que pretendían prenderse en el picado. Se agolpaban los aspirantes a jugadores y los “capitanes” (autodenominados en forma imperativa por ser los mayores en edad) comenzaban a elegir sus huestes. Empezaban por los más hábiles y terminaban con los más “troncos” y los más pequeños de edad , que generalmente iban a cuidar el arco. Cuidar era una forma de decir, porque en realidad esos arcos se convertían en grandes y solitarios agujeros donde la pelota de marca ”pulpo” (de goma colorada) pasaba raudamente y sin ningún tropiezo, pues los arqueros no se sabían donde se habían quedado en la maraña del juego!!!.

 Ya estábamos listos (los jugadores y los espectadores). Yo, sentado cómodamente en el umbral de la casa de Zunilda (mi admiradora de aquella tierna época) - hasta que la mamá de ella, nos echaba a escobazos gritando:” Fuera de aquí, VAGOS INUTILES”-

 Mi primo Horacio, más cauteloso que yo, se encontraba trepado al balcón de hierro de la planta baja de la casa de Tito, el “del Banco Londres” y así pudo “zafar” de los escobazos. .

 El silbato sonó fuerte y agudo. Iba a comenzar el partido. Realmente parecía más una contienda que un partido de fútbol, pues los actores participantes de la “lidia”, se trenzaban a las patadas y piñas ante una supuesta infracción no cobrada por el improvisado árbitro. Así comenzó a desarrollarse el encuentro deportivo barrial. Los de la calle Agrelo le iban ganando a los de la calle Méjico, 7 a 3. Se sacaban “chispas”. La “pulpo” iba y venía… mientras algunas vecinas previsoras, comenzaban presurosamente a cerrar las ventanas para evitar la rotura de los vidrios.

 De repente, se escuchó el grito temido y siempre sospechado de algún espectador, diciendo:”La cana, viene la cana” La pucha, que “cagazo” me provocaba ese grito. No sabía para dónde disparar con mis apenas nueve años. Para qué lado encaraba mi veloz y fatigosa carrera? Que importa! Para cualquier lado con tal de rajar de la “yuta”. En contados segundos desaparecieron los jugadores, el público y los pibes, que como yo, habíamos pasado una aventura de lo más excitante, dejando la calle apacible y serena de siempre.

 Cómo me gustaría volver hoy, a mirar aquél partido!.

 Juan Antonio Goñi